

El Invisible

Y quizá, aunque eso nunca lo sabremos, vuelva a ser visible para todos nosotros, para todos los que alguna vez hemos mirado, pero no hemos querido ver, para los que hemos preferido girar la cabeza hacia otro lado, para los que hemos hecho del “mientras no me toque a mí, no es problema mío” nuestra filosofía de vida.

Eloy Moreno, *Invisible*.

Es de noche en el parque, hace más frío del que mis dedos soportan, me dirijo hacia el mismo lugar de siempre, pero esta vez llevo lo prometido. Calle Recoleta, frente al cuartel de bomberos, saludo a ese viejo conocido que refleja en sus ojos la alegría por el término de la espera. Me abraza cariñosamente y plantea rápidamente su inquietud.

- ¿Te acordaste de mi pedido, mijito? - me sonrío tímidamente y hace un ademán como si esperase recibir algo. Yo respondo afirmativamente a su deseo y le entrego una libreta negra y un lápiz. Al instante, sinceras lágrimas caen por su rostro y temblando de emoción me abraza nuevamente. Amigo me...me...me encanta, mu...mu...muchas gracias-. Don Mario no puede reprimir su euforia y entre su tierno baluceo me promete que escribirá en la libreta. Escribirá para mí, dice.

Es lunes por la noche, han pasado cinco semanas desde aquel encuentro, y acabo de llegar a mi casa con la libreta entre mis manos. Nunca había sostenido algo con tanta tensión. Desde que me lo entregó no lo he soltado. Mis dedos, blancos de tanto apretar, depositan delicadamente el cuadernillo en el escritorio. Me he propuesto no dormir hasta cumplir mi cometido.

He terminado recién, ya casi amanece y no tengo sueño. He llorado largamente sin saber realmente porqué, pues una sensación extraña invade mi cuerpo. Estoy recostado en mi cama, destrozado anímicamente y con muchísimas dudas. Aunque me saltaré unas cuantas páginas, pues no quiero agobiarte en exceso, no voy a suprimir la esencia del escrito. A continuación, te hago entrega de lo que para ti será un mensaje, pero para mí será una lección de por vida. Dice así:

...viniste hace poco, tal vez dos meses, ya te conté que el tiempo pasa distinto para nosotros. Desde que te vi supe que no eras un chico cualquiera, detrás de tu delicada apariencia se entreveía un

espíritu noble y humilde. Me encariñé enseguida contigo, tanto que llegué a contarte mis más íntimos problemas y tristezas. ¿Lo recuerdas? Siempre que me visitabas, llamabas cariñosamente desde fuera de mi carpa y esperabas pacientemente a que yo saliera a verte. Con café y pan lograbas hacer de mi día un día especial, me escuchabas y me sonreías como si yo fuese lo único que importase. No todas las personas que hacen esa labor logran lo que tu lograste conmigo. Debo reconocer, con vergüenza, que más de una vez se me cayeron las lágrimas mientras te contaba mis recuerdos y vivencias. Si las notaste, tuviste la amabilidad de no decir nada.

“No soy un delincuente, solo soy un viejo invisible más” te decía, cada una de las veces que venías a saludarme, con el propósito de que aprendieras algo de este anciano... no siempre he sido así, hubo un tiempo en que tenía casa, trabajo, esposa y sueños. Eso ya lo sabes. Hoy solo me quedan mis recuerdos, la libreta negra y tu cariño.

(...)

Recuerdo tu cara de desconcierto cuando te pedí que me trajeses una libreta y un lápiz para escribir, la verdad no te culpé en ese momento, pues es difícil de creer que un viejo sin hogar y con mi aspecto quisiera escribir (ya es raro que sepa hacerlo). Cuando te aclaré que yo solía escribir mucho cuando joven se te iluminó el rostro, ahí fue cuando me contaste que tú también lo hacías... mencionaste algo sobre un cuento que tenías que hacer para un concurso, no lo recuerdo tan claramente. La afición por la escritura fue lo que hizo tan fácil la comunicación... me gusta escribir ya que puedo olvidarme de mis problemas y de mi pasado.

(...)

Me pediste, esa vez, llevarte lo que yo tuviese escrito, y de buena forma te hubiese pasado los cientos de hojas que tenía... pero se habían ido. Se las llevaron ese martes anterior en la mañana, junto con todas mis cosas. Cuando te conté que la municipalidad nos botaba las carpas y todo lo que tuviésemos dentro te indignaste, yo solo me reí. No me acuerdo bien que fue lo que te dije, debió ser algo como: “está bien, nosotros estamos ocupando un lugar que no nos corresponde... no tenemos derecho”. Ahora recuerdo que mi respuesta no te convenció, ¿lo entiendes ahora?

(...)

Para compensarte la espera que has tenido que hacer, te presento lo que he escrito para ti. Los cuentos que leerás no son solo lo que dice su nombre, en ellos se hallan presentes mis errores y aprendizajes, mis tristezas y alegrías, mis dudas y respuestas... ahora espero dejar de ser invisible. Esto soy yo.

Así seguían los escritos que me dejó el buen hombre. Comprenderás que no voy a hacerte entrega de las decenas de páginas que Mario me dio. Tal vez, en algún momento de mi vida decida compartir lo que él me regaló, para que así muchos puedan conocer a este anciano. La verdad, he decidido que lo mejor que puedo hacer es no reducir este escrito a una sola persona. Quiero que cuando leas nuevamente el cuento, o cuando se lo enseñes a los demás, aclares que puedes ponerle a Mario

cualquier nombre. De ahí el título que recibe este fragmento. Te dejaré, eso sí, con un último recuerdo para que rescates de él lo que consideres oportuno.

“...volverás, como siempre lo haces, al mismo lugar, esperando encontrarte lo que acostumbras. Y eso es lo que pasará, solo que esta vez yo no estaré allí. Te he dejado la libreta en ese sitio que solo tú conoces, que aun estando a la vista de todos, solo tú decidiste observar. No te pongas triste por el hecho de no volver a verme. En esas páginas podrás encontrarme cada que necesites. Los motivos que me han llevado a tomar esta decisión me los llevo conmigo. Sé que harás lo mejor de ahora en adelante. Haz lo mismo que hiciste conmigo con los demás...”

Nadie se dio cuenta del cuerpo que al día siguiente yacía inerte en el asfalto. Supe, gracias a los que vivían a su lado, que se ha hecho con su cuerpo lo que con todos los cuerpos se hace, solo que la diferencia es que ese hermoso cuerpo (como muchísimos más) permaneció invisible hasta su último instante de vida.

P.D: Esta posdata no es parte del cuento. Quiero aclarar que lo que escribí es cien por ciento de mi autoría. Todos los hechos que narré son falsos, a excepción de algunos nombres de personas y calles.